

CUANDO LA TIERRA ESTÉ MUERTA

BRIAN ALDISS



Cuando la Tierra esté muerta, cuando el planeta haya dejado ya de existir dentro de miles... de millones de años... Cuando las naves espaciales surquen el vacío existente entre las galaxias, o las naves FTL —más veloces que la luz— comuniquen a las estrellas entre sí... ¿Existirá un mundo como Kakakaxo? ¿O una tierra como Droxy? ¿Existirá la fórmula de la felicidad? ¿O unos pigmeos con cabezas de lagarto? ¿O una Casa del Placer como la del planeta Endehaben?

SECTOR ROJO

La frase más simple que puede pronunciarse es también la más profunda: el tiempo pasa. Un millón de siglos —dozena más o menos— ha transcurrido desde que la familia humana empezó a trasladarse de un planeta a otro.

Directamente, se conoce muy poco sobre los hombres primitivos o los mundos que conquistaron. Indirectamente, sabemos mucho. La clásica Teoría de la Superanualidad Multigrado nos ayuda en ello.

La aludida Teoría fue formulada en la Era 80 de la Starswarm, y con ella, cuarenta y cuatro eras más tarde, nosotros podemos deducir más acerca del pasado y el presente que de cualquier otra forma.

El quinto postulado de la Teoría establece que «los factores del progreso que provocan los seres inteligentes, así como los que estimulan su inteligencia, son independientes del factor de la progresión universal, dentro de ciertos límites». Dichos límites están definidos en los restantes postulados, pero la anterior declaración resulta ya precisa en su simple valor.

Dicho con más sencillez significa esto: El Universo es semejante a un reloj cósmico; las civilizaciones del hombre no son meras ruedecitas dentadas sino relojes infinitamente menores, que marchan por su propio impulso.

Carente de su ropaje intelectual, la idea resta en pie desmedida y excitante. Significa que en cualquier momento, los sistemas solares habitados de Starswarm —nuestra galaxia— exhibirán las características por las que puede pasar una civilización.

Por esto resulta adecuado que en este aniversario del vuelo estelar observemos unas cuantas entre las miríadas de civilizaciones, todas contemporáneas en un sentido, todas aisladas en otro, que caracterizan nuestro conjunto galáctico. Tal vez podamos hallar una pista que nos indique por qué los antiguos lanzaban sus esporas de frágil metal a las inmensidades del espacio.

Nuestra primera observación procede de la remota parte de Starswarm designada como Sector Rojo. Allí, lejos de las aceptadas rutas de nuestras sociedades interestelares, hallaremos una cultura con cierta unidad que abarca doscientos quince mil planetas.

Entre ellos se encuentra Abrogun, un planeta con una larga historia, habitado actualmente sólo por unas cuantas familias aisladas. Y entre estas familias...

I

Un gigante de pie sobre el fiordo, que se adentra en el mar de color gris, podría haber oteado desde la cumbre de sus escarpados arrecifes, descubriendo Endehabven en el borde, extendiéndose por los contrafuertes de la isla.

Derek Flamifew Ende veía parte de dicha extensión desde su ventana; además, una creciente inquietud, la aprensión de una cercana disputa, le forzaba a observarlo todo con especial claridad, de la misma manera que un paisaje se torna casi transparente y actínico antes de una tormenta. Aunque interveía con su rostro, sus ojos de visión normal se paseaban por toda la finca.

Todo estaba completamente aseado en Endehabven... como yo sabía muy bien, ya que su limpieza corre a mi cargo. Los jardines se hallan repletos de plantas perennes y arbustos de todas clases, que jamás florecen; se trata de una extravagancia de mi Señora a la que gusta que la sobriedad de los jardines se empareje con la dureza de la costa. El

edificio, desvaído como Endehabven, es alto, severo, descarnado; las edades primitivas habrían hallado imposible su estructura; sus mil unidades paragravitatorias injertadas en su estructura garantizan que las columnas, los contrafuertes, el arco y los muros sostengan la manipostería, cuya mole, en gran parte, es sólo una ilusión.

Entre el edificio y el fiordo, donde se extiende el jardín, está emplazado el laboratorio de mi Señora y los animales domésticos de mi Señora; en aquel momento mi Señora estaba, con sus largas manos, atareada con el minicoypu y los estridentes atoskis. Yo estaba a su lado, atendiendo las jaulas de los animalitos, pasándole los instrumentos o moviendo los tanques... en fin, realizando cuanto me ordenaba. Y los ojos de Derek Ende se dirigían hacia nosotros; no, la miraban sólo a ella.

Derek Flamifew Ende se hallaba con la cara pegada a la campana del receptor, leyendo el mensaje de la Estrella Uno. El mensaje iluminaba su rostro y las antenas de su frente. Aunque miraba hacia cuanto significaba su vida exterior, interveía claramente la comunicación. Cuando hubo terminado movió la clavija, presionó la cara sobre el micrófono y contestó:

—Lo haré de acuerdo con el mensaje, Estrella Uno. Iré al instante al Festi XV de la Veil Nébula y entraré en relación con un ser llamado Cliff. Si es posible, también obedeceré tu orden para obtener parte de su substancia para Pyylyn. Gracias por todo que devuelvo de corazón. Adiós.

Se enderezó y restregó la cara; interminar por enormes distancias-luz siempre era fatigoso, como si los músculos sensibles del semblante supiesen que estaban transmitiendo sus diminutas cargas electrostáticas a los parsecs^[1] del vacío, y estuviesen estupefactos. Lentamente también fueron relajándose sus antenas, a medida que iba cerrando el aparato. Era largo el vuelo hasta la Veil, y la tarea que se le avecinaba era capaz de oprimir el más pétreo de los corazones. Sin embargo, era por otro motivo que se demoraba

en la tarea; antes de marcharse tenía que despedirse de su Amada.

Deteniéndose ante la puerta, salió al corredor, lo recorrió con paso seguro, pisando los mosaicos que formaban un dibujo que había aprendido de memoria en su infancia, y entró en la cámara paragravitatoria. Poco después abandonaba el vestíbulo principal y se acercaba a mi Señora, delgada, con los roedores triscando ante ella, al nivel de su pecho, y las alturas de Valya Jokatt alzándose sombrías a sus espaldas, grises por las impurezas de la distancia.

—Ve adentro y tráeme la caja de los circulitos con los nombres, Hols —me dijo, y al acercarse a mi Señora, mi Señor pasó por mi lado. Reparó menos en mí que en los roedores, fija en ellos su mirada.

Cuando volví, ella aún no se había vuelto hacia él, aunque éste la estaba hablando con apremio en la voz.

—Ya sabes que tengo que cumplir con mi deber, Amada —le oí decir—. Solamente un nativo normal de Abrogun puede realizar esta tarea.

—¡Vaya tarea! La galaxia se halla repleta de esta clase de tareas. Podrías excusarte para siempre de tales excursiones.

—No debes hablar así —objetó él—. Ya conoces la naturaleza de ese Cliff... Ya te lo conté. Sabes que no se trata de una excursión. Requiere todo el valor que yo tengo. Y sabes que en este sector de Starswarm, sólo los abrogunianos, por el motivo que sea, poseemos este coraje, ¿no es cierto, Amada?

Aunque me había acercado a ellos, abriéndome paso servilmente entre una jaula y un tanque, no bajaron la voz. Mi Señora estaba contemplando las grises alturas del exterior, con el semblante tan adusto como aquéllas.

—Piensas que eres muy valiente y poderoso, ¿eh? —dijo, arrugando el ceño.

Conociendo el poder de la mágica simpatía, nunca pronunciaba su nombre cuando estaba enfadada; era como si

desease verle desaparecer.

—No es esto —replicó Derek con humildad—. Por favor, sé razonable, Amada; sabes que debo ir; un hombre no puede estar constantemente en su casa. No te enfades.

Volvió la cara hacia él. Estaba rígida y severa, con la intervención cerrada, usándola apenas. Y sin embargo, poseía una belleza que no puedo describir, si es que el fastidio y la sabiduría pueden crear belleza. Sus ojos eran tan grises y distantes como la lava del volcán coronado de nieve a sus espaldas. Era un siglo mayor que Derek, aunque la diferencia no se veía en su ser, que todavía seguiría fresco unos mil años más, sino en su autoridad.

—No estoy enfadada sino molesta. Ya sabes que tienes la facultad de incomodarme.

—Amada... —exclamó él, dando un paso hacia ella.

—¡No me toques! Ve si quieres, pero no me zahieras tocándome.

La rozó en un codo. Ella sostenía uno de los minicoypus quieto en el hueco de su brazo —los animales eran dóciles a su contacto—, y lo estrechó con más fuerza.

—No quiero molestarte, Amada. Ya sabes que le debemos fidelidad a la Estrella Uno. Debo trabajar para ellos, de lo contrario ¿cómo mantendríamos esta finca? Deja que por una vez me marche con una despedida afectuosa.

—¡Afecto! ¡Te vas y me dejas sola con un puñado de miserables parthenos y aún hablas de afecto! No pretenderás que me alegre de tu ausencia... Te has cansado de mí ¿verdad?

—¡No es eso! —replicó él, desesperado.

—¿Lo ves? Ni siquiera intentas disculparte. ¿Por qué no te vas ya? ¡No importa lo que a mi me ocurra!

—¿Por qué hablas así?

Ella tenía una lágrima resbalándole por una mejilla. Girándose, permitió que él la viese.

—¿Quién se apiadará de mí? Tú no, o no te alejarías de mí, como haces. Supongamos que ese Cliff te mate ¿qué

sería de mí?

—Volveré, Amada —le prometió Derek—. No temas.

—Es fácil decirlo. ¿Por qué no tienes el valor de reconocer que te alegra irte de mi lado?

—Porque no quiero dar pie a una discusión interminable.

—¡Bah! Vuelves a hablar como un chiquillo. No contestas ¿verdad? Pero vas a marcharte, evadiéndote de tus responsabilidades. ¡Huyes!

—¡No huyo!

—Claro que sí, aunque finjas lo contrario. Eres imperfecto.

—¡No lo soy, no lo soy! ¡Y no huyo! Se necesita mucho valor para hacer lo que voy a hacer.

—¡Tienes un concepto demasiado elevado de ti mismo!

Derek, entonces, se alejó con petulancia, sin dignidad. Se encaminó hacia la plataforma de lanzamiento. Poco después echó a correr.

—¡Derek! ¡Derek! —le gritó ella.

Él no contestó.

Mi Señora cogió al pequeño minicoypu por el cuello. Colérica, lo arrojó al tanque de agua más próximo. Se transformó en un pez y nadó hacia las profundidades.

II

Derek viajaba hacia la Veil Nébula en su impulsador de velocidad-luz. Zarpó solitario, con el impulsador parecido a una aleta enorme en forma de arco, recubierto de células fotónicas, que absorbían su fuerza motriz del denso y polvoriento vacío del espacio. A mitad de la aleta se hallaba la cápsula en que viajaba Derek, sin conocimiento durante la mayor parte de la travesía, la cual abarcaba un cuarto de la distancia en siglos-luz del Sector Rojo.

Durante cierto tiempo, Derek permaneció sentado con el rostro delante del receptor, verificando las temperaturas de abajo. Como tenía que trabajar con temperaturas que se acercaban al cero absoluto, esto no era sencillo; sin embargo, cuando el Cliff quedó situado completamente debajo de la nave, no tuvo la menor duda al respecto; se dibujó tan claramente en su intervisión como lo hubiera hecho en la pantalla de un radar.

—¡Allí está! —exclamó Derek.

Jon había vuelto a la parte anterior del aparato. Compulsó las coordenadas en el cerebro electrónico del impulsador-luz, esperó y las leyó cuando el Cliff volvió a hallarse debajo del aparato en la segunda órbita.

Asintiendo, Derek comenzó a prepararse para el salto. Sin apresurarse, se puso su traje espacial, verificando cada uno de sus detalles, abriendo los paragravitatorios hasta que flotó, y volviendo a cerrarlos, y luego corrigiendo todos los broches hasta que el traje quedó perfectamente encajado.

—Trescientos noventa y cinco segundos hasta el próximo cénit —le anunció Jon.

—¿Sabes cómo maniobrar para recogerme?

—Sí, mi Señor.

—No activaré el transistor hasta que me halle en órbita.

—Entiendo, señor.

—De acuerdo. Voy a saltar.

Como una pequeña prisión animada, se acercó cautelosamente a la escotilla.

Tres minutos antes de hallarse sobre el Cliff, Derek abrió el portón exterior y se zambulló en un mar de nubes. Un breve estallido en su traje espacial le alejó de la órbita del impulsador-luz. Una nube le absorbió cuando caía.

Los veinte áridos planetas que rodean a Festi contienen sólo una infinitésima fracción de los misterios de la Star-swarm. Cada globo del Universo oculta su propio secreto. En algunos, como en Abrogun, su finalidad se manifiesta en

una clase de ser que puede adoptar formas distintas, saltar a los caminos espaciales y desbastar sus propósitos en un ambiente civilizado y extraplanetario. En otros, la finalidad permanece sombría, oscura; sólo los seres humanos, urdiendo sus oscuras pautas de voluntad e impulsión, retaron a esos seres extraños a arrebatarnos la nueva sabiduría que podía añadirse a la antigua.

Todo conocimiento tiene su influencia. A través de los milenios, durante los que ha sido practicable el vuelo interestelar, la humanidad se vio insensiblemente moldeada por sus propios descubrimientos; junto con su pérdida ingenuidad, desapareció su estabilidad genética. A medida que el hombre cayó como la lluvia sobre otros planetas, su familia perdió su original dibujo hereditario; cada centro de civilización crea nuevos modos de pensar, de sentir, de conformar la vida. En el Sector Rojo, el hombre que se había zambullido para ir al encuentro de una entidad llamada Cliff, era más humano en sus sufrimientos que en su aspecto.

El Cliff había destruido todas las naves espaciales o impulsadores-luz que habían aterrizado en su desolado globo. Tras largos estudios desde órbitas seguras, los sabios de Estrella Uno llegaron a la teoría de que el Cliff atacaba a cualquier considerable fuente de poder, como un hombre atacaría a una mosca que zumbase continuamente a su alrededor. Derek Ende, solo y sin fuerza motriz excepto los motores de su traje, estaría a salvo, al menos en teoría.

Descendiendo con los paragravitadores, fue hundiéndose cada vez más en la noche planetaria. Cuando la última nube se desprendió de sus espaldas y un fuerte vendaval le zarandeó, inició su descenso en forma más rápida. Bajo sus pies, el terreno iba creciendo. En aquel instante, para no verse aplastado, aceleró la caída. Al momento siguiente, tocaba el suelo de Festi XV. Durante un buen rato permaneció descansando y dejando que el traje se enfriase.

La oscuridad no era completa. Aunque casi ninguna luz solar rozaba aquel continente había unos resplandores ver-

des que surgían del suelo e iluminaban los contornos. Queriendo acostumbrar sus ojos al resplandor, no encendió las luces de su cabeza, hombros, estómago o manos.

Algo como una corriente de fuego corría a su izquierda. Como el resplandor que irradiaba era pobre y acanalado, se confundía con su propia sombra, de manera que el humo que despedía, distorsionado en barras por el tamaño del satélite 4-G, parecía rodar sobre el terreno como las plantas silvestres llamadas rodaderas. Más allá había grandes manantiales de fuego, seguramente etano y metano que, un ruido como el de la carne al freírse, surgiendo hacia lo algo con una energía que teñía de azul las bajas nubes. En otro lugar, un géiser luminoso sobre una eminencia, se desenvolvía en una serie de espirales de fuego de humo, espirales que se extendían hacia arriba como una seta. Por todas partes, ardían espirales de fuego blanco sin moverse ni hacer humo; uno de ellos estaba a la derecha del lugar donde yacía Derek, como una perfecta y reluciente espada.

Derek asintió en aprobación. Su caída había tenido lugar en el sitio más apropiado. Aquélla era la Región Del Fuego, en la que vivía el Cliff.

Estar allí tendido resultaba agradable, así como contemplar atentamente un paisaje jamás visto por el hombre. Pero a los pocos instantes se dio cuenta de que un amplio fragmento del paisaje no ofrecía el menor signo de iluminación. Observó dicho trecho con la intervención... y descubrió que era el Cliff.

La inmensa mole de la Cosa, ocultaba la luminosidad del suelo y se elevaba hasta eclipsar las nubes sobre su cumbre.

A su vista, los corazones primario y secundario de Derek aceleraron sus pulsaciones. Tendido en el suelo, pegado al mismo, con los paragravitadores manteniéndole al nivel de 1-G, observó atentamente la Cosa; luego tragó para aclararse la garganta; sus ojos escudriñaron el mosaico de luz y sombras en un esfuerzo para delinear el Cliff.

Una cosa era cierta: ¡era enorme! Se lamentó de que, aunque los fotosistores le permitían usar su intervisión sobre los objetos situados más allá de su traje espacial, aquel sentido se hallaba distorsionado por el despliegue de fuegos eternos. Luego, en un momento de lucidez, tuvo una visión perfecta: ¡el Cliff se hallaba a cierta distancia! A juzgar por las primeras observaciones, había creído que se hallaba sólo a cien pasos de distancia.

Se dio cuenta de su enorme tamaño. ¡Era enorme!

Momentáneamente, se recreó en su contemplación. La única clase de tareas dignas de ser emprendidas eran las imposibles. Los astrofísicos de Estrella Uno mantenían la teoría de que el Cliff tenía inteligencia en cierto sentido, y le habían pedido a Derek que obtuviese una muestra de su carne. ¿Pero cómo arañar a un ser del tamaño de una diminuta luna?

Mientras estuvo allí tendido, el viento agitaba las capas y los suspensores de su traje. Gradualmente, empero, Derek se dio cuenta de que la vibración que sentía por el constante movimiento había cambiado. Experimentaba una nueva fuerza. Miró en torno y colocó su enguantada mano sobre el suelo.

El viento ya no vibraba. Era la tierra la que se agitaba. Festi temblaba. ¡El Cliff se estaba moviendo!

Cuando levantó la vista normal y la interna, vio la trayectoria que seguía. Agitándose pausadamente, el Cliff se dirigía hacia él.

—Si tiene inteligencia, razonará, si es que me ha detectado, que soy demasiado pequeño para causarle daño. Por tanto, no me hará nada y nada tengo que temer —se dijo Derek. Pero aquella lógica no le tranquilizó.

Un pseudópodo absorbente, activado por una simple glándula humedecida en la corona de su casco, se deslizó por su frente y le secó el sudor.

La visibilidad estaba agitada como un trapo en un sótano. El avance del Cliff era algo que Derek más intuía que

veía. Las masas de nubes obstruían la cumbre de la Cosa, tal como ésta eclipsaba ya los manantiales de fuego. Ante su proximidad, hasta la médula se le heló a Derek en sus huesos.

Y entonces ocurrió algo.

Las piernas del traje de Derek se movieron. Y los brazos. Y todo el cuerpo.

Intrigado, Derek envaró sus piernas. Irresistiblemente, las rodillas del traje se flexionaron, forzando a las de carne a hacer lo mismo. Y no sólo las rodillas, sino también los brazos se doblaron por las costuras del traje, No podía mantenerse quieto sin correr el peligro de romperse los huesos.

Sumamente alarmado, comenzó a flexionar su cuerpo para mantenerlo al ritmo de su traje, copiando sus gestos como un ser idiotizado.

Como si de repente hubiese aprendido a arrastrarse, el traje comenzó a moverse hacia delante. Derek, en su interior, hizo lo mismo.

Le asaltó un pensamiento irónico. No sólo era la montaña la que tenía que ir a Mahoma; Mahoma se veía obligado a ir hacia la montaña.

III

No podía impedir el avance, no era dueño de sus movimientos, su voluntad era inútil. Con la comprensión, notó cierto alivio. Su Amada no podría reprocharle lo que sucediese.

Por entre las tinieblas se arrastró sobre las manos y las rodillas, en dirección al Cliff, prisionero de una prisión animada.

La única idea constructiva que le asaltó fue que su traje, de manera ignorada, se veía sujeto al Cliff; no sabía cómo ni lo sospechaba. Se arrastró. Ahora casi se sentía relajado,

dejando que sus miembros se movieron a la par que los del traje.

El humo le rodeaba. Las vibraciones cesaron, diciéndole que el Cliff se había detenido. Levantando la cabeza, no pudo ver más que humo, quizá producido por la masa del Cliff al avanzar por el terreno. Cuando la humareda se desvaneció no vio más que tinieblas. ¡La Cosa se hallaba directamente al frente!

Se sintió desquiciado. De repente comenzó a trepar, siguiendo los involuntarios movimientos del traje.

Debajo de su cuerpo sentía una substancia dura, con que dúctil. El traje iba trepando penosamente en un ángulo de sesenta y cinco grados; los sujetadores crujían, los paragravitadores zumbaban. Estaba ascendiendo por el Cliff.

En la mente de Derek no había ya la menor duda de que la Cosa poseía lo que podía llamarse volición, sino conciencia. También poseía un poder que no alcanzaba a un hombre; podía impartir aquella volición a un objeto inanimado como el traje. Desvalido en su interior, Derek llevó aún más adelante sus consideraciones. Aquel poder de impartir la volición parecía tener cierto límite; de otra forma, el Cliff seguramente no se habría molestado en trasladar su gigantesca masa, sino que habría obligado al traje a cubrir todo el trayecto. Si este razonamiento era exacto, el impulsador-luz se hallaba a salvo de ser capturado en órbita.

El movimiento de sus brazos le distrajo. Su traje estaba horadando el Cliff. Sin prestarle ayuda, permitió que sus manos efectuasen movimientos como los de la natación. Si iba a entrar en el interior del Cliff sólo podía ser para ser dirigido por él mismo; sin embargo, intentó luchar, aun sabiendo que la lucha era inútil.

Proyectándose contra la masa pétrea, y dúctil a la vez, el traje se acurrucó en su interior y efectuó un movimiento sibilante de fricción que cesó casi al instante en que se detuvo, dejando a Derek inmerso en la más sólida clase de aislamiento.

Para combatir aquella especie de claustrofobia de que se veía asaltado, intentó encender la luz de su cabeza, pero las mangas de su traje estaban tan rígidas que no logró flexionarlas para alcanzar la palanca. Todo lo que podía hacer era yacer en su concha y contemplar las tinieblas borrosas del Cliff.

Pero aquellas tinieblas no eran borrosas por completo. Sus oídos detectaron una constante «vacilación» a lo largo de la superficie exterior de su traje. Su intervisión discernió una forma sin significado más allá de su casco. Y aunque enfocó las antenas, no pudo hallarle sentido a la forma; no tenía ni simetría ni significado para él...

Sin embargo, para su cuerpo sí parecía tenerlo. Derek sintió el temblor de sus extremidades, el aceleramiento de su pulso, y unas impresiones borrosas que nunca había percibido. Aquello le dio a entender que se hallaba en contacto con fuerzas de las que no tenía conocimiento; contrariamente, que algo se hallaba en contacto con él, sin conocimiento de sus propios poderes.

Una inmensa pesadez se apoderó de él. Las fuerzas de la vida actuaban en su interior. Sentía más vívidamente que antes el enorme tamaño del Cliff, aquel promontorio viviente hasta cierto punto. Aunque se hallaba sumamente disminuido por la masa total del Festi XV, era tan grande como un asteroide regular. Derek pudo imaginarse un asteroide, producto de una explosión de gases en la superficie del sol Festi. Medio sólido, medio fungido, la materia había dado vueltas en torno al sol en una órbita excéntrica. Enfriándose bajo diversas presiones contrarias entre sí, su interior había cristalizado en una forma única. Así, con su superficie semiplástica, existía desde hacía millones de años, acumulando gradualmente una carga electrostática que le abrumaba... y esperaba y elaboraba los ácidos de la vida en su cristalino corazón.

Festi era un sistema estable, pero una vez cada cierto número de millones de años, los gigantescos primero, se-